



### LE BON TON

Journal de Mode

Coufures de Renouard 22, rdes St-Pierre, Rouvois, Profecé, 9, rue d'Antoine, Poles de Victorine  
bonet, der. Aud. Moirin, 1, bouf. de la Madeleine, Dentelles des fabriques francaises & belges, 1, boulevard  
Montmartre au coin de la rue Vivienne, Parfumeries de la Société hygienique, 1, Jff. Rousseau, 5.

Maisons en Vogue.

Delisle, Nouveautés, rue Choiseul, 12. | Mariton, Modes 2 pl. de la Madeleine.

## ULTIMAS MODAS DE PARIS.

El paquete inglés nos ha traído, con la noticia de graves sucesos políticos en París, el figurín que ofrecemos hoy á nuestras amabilísimas suscriptoras y cuya descripción, que apenas la necesita por cierto, pasemos á dar.

Una doncellita, la que está en el centro, es, como se advierte á primera vista, una novia.

Su túnico es de tafetán blanco con un corpiño subido y guarnecido de dos volantes de punto de Inglaterra describiendo una *berta-chal*. En el pescuezo lleva un cuellecito de Inglaterra. La falda tiene dos anchos volantes de tafetán picado sobrepuestos de dos volantes de punto de Inglaterra. El tafetán, con picos undulantes, sospea el encaje; las mangas no pasan del codo y caen en vuelos de encaje. Un largo velo de tul envuelve á la linda novia, velo que parece indicar los misterios del vínculo conyugal así como la pureza que lleva la jóven á las aras: este velo está sujeto á la cabeza con una corona de crisantemos y flores de azahar. Ramillete de corpiño; medias de seda con dibujo de punto de Alençon; zapato de raso blanco.

La que está á mano derecha de la novia es una amiga suya, una amiga de esas que no se encelan de la felicidad ni de la hermosura de su amiga, porque la aman cordialmente; cómo se extasia contemplando á la linda novia! Y no es menos linda ella. Su túnico es de muer antiguo color de rosa con corpiño á la Luis XV, y una pieza de pecho, adornada de

cinchas color de rosa, de punto de Alençon y de lacitos mariposas. La falda está guarnecida de tres volantes de Alençon, encabezado cada uno de un rizado de cintas color de rosa. El tocado consiste en una guirnalda de geranios de terciopelo con cáliz negro: esta guirnalda forma matijas al lado. En el brazo derecho lleva una pulsera de oro grabado, con un rico medallón de rosas de brillantes, y en la mano izquierda carga dobles anillos de esmeraldas al aire.

La jovencilla que se ve ahí con su cara tan candorosa y linda tiene un túnico *orgendi* (beatilla) de la India. El corpiño es subido, fruncido en los hombros y graciosamente entreabierto en el pecho, con cuello bordado. Las mangas son largas y de mediano ancho, con *papillon* (pestaña) de muselina bordada. La falda tiene cuatro volantes bordados en festones. El tocado se compone de bucleitos de terciopelo azul, y unos brazaletes tambien de terciopelo azul aprisionan cada una de sus muñecas finas, redondas y blancas.

Hasta aquí el figurín.

Para traje casero está muy en boga una chaqueta oriental de cachemira ó terciopelo bordado de galones de oro; de cachemira negra, esta chaqueta con esterillas y bordado de oro, hace un efecto admirable; pero téngase entendido que esa chaqueta debe dejar á la vista un chalequito y que el color y el tejido de la falda deben casar bien con la chaqueta oriental.

Para salir del teatro se acaba de idear

una linda *pelarina* de seda, acolchada de *edredon* (plumazon) y que pesa menos que una pluma.

Llámasse *paracaidas*.

No hablaremos aquí nada del *blumerrismo*, porque parece que no tiene traza de generalizarse ni en Inglaterra ni en Francia.

Para no cerrar este artículo sin agradecerle, según nuestra costumbre, algo que nada tiene que ver con París ni con modas, á imitación de tantos libros como hay que no tienen que ver sus títulos con el asunto que en ellos se trata, diremos: que el día 13 del presente mes y año (enero de 1852) hubo un huracan en el puerto de Veracruz, que arrojó á la playa y destruyó doce buques extranjeros la mayor parte, con pérdida considerable de intereses si no de vidas; que el 19 por la noche hubo en esta capital un incendio en la casa del señor don José María Icaza, calle de Zuleta, que devoró cuanto en ella habia, con grave detrimento de dicho señor y su familia; que el telegrafo electro-magnético, á pesar de las malas intenciones de muchos, sigue haciendo su oficio y transmitiendo *despachos*, como dicen los "periódicos políticos y literarios."

### EL AVARO.

En un rigoroso invierno, estando la tierra cubierta de hielo y hallándose las ave-cillas sin tener qué comer, la hijita de un rico avaro recogió todas las migajas de pan que encontró en su casa y salió á echarlas sobre el hielo.

Vióla su padre y le preguntó qué era lo que iba á hacer.

Dijoselo ella, y él dijo:

— ¿Para qué sirve eso? Esas migajas no alcanzarán para alimentar á una entre mil de las aves.

Hay una cosa que de intento no queremos incluir en el resumen ligero que acabamos de hacer, porque merece un párrafo aparte.

Queremos decir el camino de hierro.

El camino de hierro, sí; pues no podemos resistir el deseo de dar á saber á nuestras amables suscriptoras que se proyecta hoy hacer un camino de hierro de Veracruz á esta capital, y que el proyecto parece que ha sido apadrinado con loable calor por parte del gobierno general.

Tendremos pues camino de hierro, si es que no sucede ahora con esta verdadera y utilísima mejora lo que con tantas otras que se han ideado y no han llegado á realizarse.

Y si se realiza el camino de hierro proyectado, el cual nos dicen que habrá de quedar concluido en tres años, veremos una gran novedad en nuestro país, y las comunicaciones serán mucho mas frecuentes, mucho mas rápidas que ahora, y las mercancías se abaratarán. . . .

¿Quién puede imaginar todo lo que producirá, provechoso todo, un camino de hierro?

X.

— Ya lo sé, padre mio, dijo ella, pero me servirá de mucho gusto el salvar si quiera una entre ciento, ya que no puedo salvarlas á todas.

El padre se puso á pensar: sabia que en su aldea habia muchos necesitados y se habia negado á socorrer á uno solo porque no podia socorrerlos á todos. Remordióle la conciencia y dijo á su hijita que desmigajara una torta de pan para las aves mientras él fué y distribuyó una bolsa de monedas entre los aldeanos pobres.

## FLORICULTURA.

(Véase la página 120.)

II.

### CATALOGO DE SEMILLAS DE FLORES ANUAS.

§ Denota tierno. † Perenne. \* Difícil de trasplantar.

\* Adormidera espinosa.  
Arañuela, nequilla ó ajenuz.  
† Albahaca.  
\* Alfalfa ó oruga.  
‡ Algodon.  
‡ Alheli doble.  
\* Altramuz lupino.  
\* Amapola.  
‡ Amaranto ó moco de pavo.  
Anagárida ó murajés.  
‡ Berengena.  
† Carraspique.  
Cempoalzoçhil.  
Centaura.  
Chicharo de olor.  
Clavel de China.  
† Clavellina.  
\* Colleja.  
Copa de Júpiter.  
Corona real.  
‡ Dalia de todas variedades.  
Enredaderas.  
‡ Escarchada, escarchosa ó yerba de la plata.

Espuelas de todas variedades.  
Filipéndula ó flor de oro.  
Giganton.  
Girasol.  
Giribel ó perdiguera.  
Higuerrilla.  
Inmortal.  
Jaramago.  
‡ Manto de la Virgen.  
† Maravilla de noche.  
Mastuerzo.  
Mercadela.  
Mercurial.  
Oreja de raton.  
Reina Margarita.  
Rosa de santa María.  
Sangre de Cristo.  
\* Toronjil.  
Trébol.  
† Trinitaria.  
Trompeta de amor.  
\* Verbena.  
‡ Yedras de todas.  
\* Yerba del rocío.

### AGÜEROS DE MISS PENÉLOPE CHICKERING.

POR CECILIA.

Miss Penélope Chickering<sup>1</sup> tiene opiniones determinadas sobre las cosas en general. Ella viene á ser un modelo, la

<sup>1</sup> *Chiquerin*.

representacion legítima de una clase cuantiosa determinada sobre las cosas en constante desasosiego por los tiempos venideros, sean buenos ó malos, y que siempre

está á la mira de cuanto pasa para sacar de ello agüeros.

Cuando le acontece topar dos urracas juntas, pónese como una pascua, porque es anuncio de una boda; si son tres las que ve, cuenta con hacer un viaje que le traiga provecho; cuatro presagian buenas noticias no esperadas, y cuando acontece la rareza, la maravilla, el milagro de que se le aparezcan cinco, entonces. . . ¡oh! entonces se da prisa á tomar lecciones de *paria*, pues desde luego se espera á verse en compañía de alguna persona de cuenta.

Cuando está vistiéndose, si da la casualidad que se ponga las medias al revés, señal es de buena suerte. Cuando tiene que salir á algún asunto importante, nada es capaz de presagiarle un buen éxito como el que su fiel criada la vieja María tiene un zapato viejo á sus espaldas, al tomar la miss la puerta de la calle.

Cuando la hermana menor de una familia con la cual lleva amistad se casa primero que sus mayores, tóma particular empeño en imbuir á estas que no dejen de bailar en la boda descalzas, porque de otra suerte corren riesgo de morir solteras. Es de buen agüero que haga un hermoso sol el día de un casamiento, y que llueva en un entierro; pues el antiguo adagio dice:

¡Feliz la novia á quien el sol alumbra!

¡Feliz el muerto á quien la lluvia inamó!

El ver una urraca y después otras mas, es de mal agüero segun miss Penélope; matar una urraca es malo, lo mismo que el matar una golondrina.

Una ocasion que su hermano se estaba disponiendo para un viaje, á caballo, á la capital del condado, para consultar sobre un negocio á un letrado, recomendóme sumo encarecimiento que si llegaba á cruzar un cerdo por el camino, cuidara de

dar una vuelta cerca del animal, porque si no le sucediera alguna desgracia.

Encontrar un cuchillo presagio un revés. Un pedazo de carbon acanalado que brinque de la lumbre, es agorero de muerte.

Derramar la sal ó poner el trinchanté y el cuchillo atravesados uno encima de otro, es muy fatídico.

Si se encuentran en una reunion trece personas, alguna desgracia tiene de sobrevenir á una de ellas.

El ruido del insecto llamado grilla augura muerte, y la zumaya ó zumacaya, á media noche predice una catástrofe.

El aitor en los carrillos ó el zumbido de oídos, es un aviso para miss Chickering de que alguien está hablando de ella, y pónese á cavilar en quien será. La llegada de personas extrañas la anuncia un ladrón en la vela.

El viernes es día aciago para contraer matrimonio, y aseguran las gentes que miss Chickering perdió la coyuntura de casarse por su tenacidad sobre este punto; pues queriendo el novio desposarse el mismo día de su cumpleaños, que caia en viernes, se difirió la boda para el día siguiente, mas en la mismísima noche del viernes rieron los novios y quedó sin efecto el casamiento.

El amarillo es un color infausto para una soltera, y no debe usarle en su traje.

Cuando está en su casa manda guardar los huesos de la pechuga de las gallinas, para hacer con ellos pruebas, pues aquel de sus conocidos solteros á quien toca la mayor parte, será el que primero muere.

Es mal pronóstico el tropezar á la entrada de una casa.

Si al estar un criado haciendo la cama estornuda, el sueño de la persona que ha de acostarse en ella tiene de ser perturbado, á menos que se saquen algunas de las plumas del colchon y se arrojen al fue-

go: opinion es esta que el tapicero de la miss fomenta con el mayor empeño.

Si la víspera de año nuevo se ve en el cielo una nube, presagio es de calamidad. El día de la semana en que cae el 3 de mayo, es infausto por todo el año. Cuando se encendió la casa de miss Penélope celebró que el accidente aconteciera en la creciente de la luna, que es cuando un suceso de esta naturaleza pronostica prosperidad; pues si hubiera ocurrido en la menguante, habria agorado pobreza. La vez que mis Penélope fué á dar un paseo á las islas de Orkney, no le asombró poco el encontrarse con que allí el viernes se tenia por el día mas fausto de la semana,

1 Ovece.

Traducido del inglés por E. R.

## EL EJERCICIO.

El ejercicio debe variar segun la edad. La naturaleza nos advierte con la excesiva inquietud de los niños, la urgente necesidad que de activo ejercicio tiene su organizacion. Vemos á los niños entregarse á movimientos espontáneos con una especie de alegría, siempre que se ven libres de sus mantillas. Este es el ejercicio peculiar de su edad, y es mucho mas saludable para ellos que todos los movimientos que los comunican las nodrizas que los *arrollan*.

Esto es aplicable á los niños de ambos sexos, debiéndose añadir que las criaturas deben sacarse con frecuencia, especialmente si se crian en ciudad, pero nunca deben tenerse sentadas en uno de los brazos. Este modo de traer es aun en la infancia una de las causas del torcimiento de la columna vertebral que todavia entonces está en un estado castilaginoso. La

siendo por lo mismo el que mas generalmente se escogia para los casamientos. ¿Quién puede jurar que ella no sentiria no haber vivido en las tales islas cuando la solicitó el novio de marra? . . . La buena ó mala suerte durante todo el año depende segun ella de la persona que primero se ve en la mañana del día de año nuevo: si la primera que entra en la casa es amiga y afortunada, el año inmediato será próspero.

Así pasa su vida miss Penélope, sin otros cuidados mas que estos. No puede decirse que esté ociosa; y siendo así que no es casada, ¿con qué razon se le pueden tener á mal sus rarezas?

madre ó la nodriza debe llevar al niño en los brazos, en una postura medio reclinada, para que pueda sustentar por igual todas sus partes. Es menester tambien que la cabeza, que es tan grande en proporcion del resto del cuerpo, no se le deje colgar.

Sobre todo es necesario tener presente que los movimientos que, de su motivo hacen los niños, son los mas provechosos para ellos, porque la prontitud de sus acciones corresponde con la vivacidad de sus sensaciones.

La libertad de correr de aquí para allí de que disfrutan los niños, que en el campo se crian, es lo que en su mayor parte produce esa constitucion vigorosa que los distingue de los niños que se crian en las ciudades.

En la juventud los ejercicios activos son útiles, porque introducen en los miembros

bros esos jugos vivificantes que con frecuencia se dirigen con demasiada actividad hacia los órganos de la respiración.

En la elección de los ejercicios es preciso tener presente la complexión del individuo.

La persona de complexión sanguínea debe hacer constantemente ejercicios activos. Si la *sangüificación* ó la formación de la sangre fuese muy activa, pueden llevarse hasta el grado de que produzcan traspiración: este el mejor medio de disipar, con provecho para la nutrición de los músculos, el exceso de plétora<sup>1</sup> y la superabundancia de jugos que atormentan á las personas de esta complexión.

Sin embargo, estas personas deben abstenerse de ejercicios que requieran muchos esfuerzos á causa de su predisposición á la aneurisma<sup>2</sup>, hemorragias<sup>3</sup>, y efusiones y compresiones cerebrales.

Los ejercicios pasivos ó esos métodos que fortifican suavemente las fibras sin causar ninguna pérdida equivalente y de esta suerte producen plétora, no convienen á las personas sanguíneas dispuestas á hemorragias.

Los ejercicios activos convienen á los sujetos de complexión linfática, naturalmente apáticos, perezosos ó indolentes.

Los antiguos notaron los buenos efectos del ejercicio en las muchachas de constitución débil ó de cutis suave y laxo expuestas á enfermedades de languidez; y por tanto aplicaron el ejercicio á la curación de muchas enfermedades que frustraban la destreza de los facultativos. Los modernos han sacado provecho de sus observaciones y han hecho otras nuevas con el mismo fin.

No obstante, sería imprudente el sujetar repentinamente á un ejercicio violento

1 Abundancia de sangre. — A. E.  
2 Tumor que se forma por relajación ó rotura de alguna arteria.  
3 Flujo de sangre.

á las jóvenes de constitución débil con piel suave, complexión pálida y cabello claro, pruebas de debilidad.

Para las personas de fibras suaves, cuyos estrechos y delicados vasos están sumergidos en grasa, el ejercicio debe ser muy moderado á efecto de no agotar las fuerzas musculares privadas de su primitiva energía; pues si es muy violento ó muy continuado, puede ocasionar inflamaciones adiposas de la vísceras<sup>4</sup>.

Para remediar este estado lánguido deben primero sujetarse á ejercicios pasivos frecuentemente repetidos, comenzando por los mas ligeros.

El ejercicio al aire libre, como el andar en coche, es particularmente provechoso para las jóvenes de esta constitución. La fuerza y resistencia de las fibras aumentan á medida que la plétora<sup>2</sup> serosa<sup>3</sup> y crasa<sup>4</sup> se disipa.

La complexión nerviosa promete superioridad en las facultades mentales, pero puede llegar á ser el origen de muchos males si no se logra disminuir esa sensibilidad exquisita que los acarrea tarde ó temprano.

El efecto del ejercicio en lo general es vigorizar el cuerpo y estorbar las disposiciones precoces á una complexión nerviosa: esta complexión requiere continuo ejercicio; y no hay temor de que al fortificar el cuerpo se perjudiquen aquellas facultades que parecen hijas de una complexión nerviosa. Con una constitución semejante nadie puede llegar á ser un atleta, lo cual es, como se sabe, convertir el espíritu en fuerza brutal.

Las jóvenes nerviosas deben pues fortificarse; esto les impedirá el llegar á ponerse inválidas sin privarlas de su hermosura.

1 Entrañas.  
2 Hamor.  
3 De suero.  
4 Mantecosa.



La de Sidney.

J. R. NAVARRO. Editor.

## LO NOVELESCO

## de un casamiento en segundas nupcias.

POR EFFIE EVERGREEN.

—Con que, Isabelita, ¿te parece imposible que haya nada interesante, nada romanesco en un casamiento de segundas nupcias?

Y la que así hablaba, mujer rubia y de muy gallarda presencia, no joven ya, pero de un rostro cuya placida belleza no habia podido destruir el tiempo, clavó afablemente la vista en los brillantes ojos de la amable joven que estaba sentada en una otomana<sup>1</sup> baja al lado de ella.

—Ni pizca de interés, ni pizca de *romanticismo*, tía Enriqueta, no solo en lo que es el matrimonio, pero ni aun en los corazones de quienes le contraen. Para pensar en semejante cosa no puede uno menos de haber perdido toda “frescura de sentimiento,” y nadie es capaz de quitarle de la cabeza que un segundo matrimonio es siempre obra ó de conveniencia ó de cálculo.

—Pero aun concediendo que el desdichado que por segunda vez pasa al estado matrimonial haya perdido la “frescura de sus sentimientos” como tú dices, y que sea incapaz de volver á amar con el mismo ardor que la vez primera, ¿no podrá ese mismo ser dos veces “amado?” Y ¿no podrá haber tanto afecto *romántico* para con él en el corazón de su segunda consorte como hubo en la primera?

—¡Imposible, tía! Un corazón reclama otro corazón y no puede satisfacerse con

menos de lo que da. Un hombre como el que usted dice no tendría que ofrecer mas que una sombra de amor, y no podría recibir amor real y verdadero en cambio.

—De suerte que el pobre Sidney, rico, buen mozo, sin pero ninguno, y “ligero de sangre” como tú misma confiesas que lo es, ¿ha sido desairado por solo el motivo de que antes ha amado? Es dura cosa por cierto que tenga que pasar soltero el resto de su vida, por haber tenido la desgracia de perder al objeto de su primer amor, con quien estuvo unido cuando casi todavía era un muchacho. Habiendo ella muerto al mes escaso de su casamiento, aquel afecto precoz debe parecerle á él mas bien como un sueño alegre que no como cosa positiva.

—¡Sueño! pues ese sueño le recrea todavía y no le pierde de la memoria por nada de este mundo. Yo misma le he visto manifestar mucho mas enternecimiento al hablar de su difunta mujer del que jamás le ha ocurrido al expresar su amor por mí.

—Ese enternecimiento, Isabelita, debería haberte dado á conocer lo mucho que sabe amar y el valor de un corazón que has apartado de tí. ¡Quiera Dios que no llores algun día tu loca humorada!

—¡Nunca, nunca jamás, tía! Yo no pude enamorarme de Mr. Sidney, y primero me moriría que casarme con quien no amara. Yo le estimo y le respeto; pe-

<sup>1</sup> *Ottomano, otomana; canapé ancho.*—M. L.

ro, ya lo he dicho, nunca jamás he de aceptar un corazon dividido. . . un corazon ocupado con la memoria de un cariño anterior. Yo nunca he de amar sino una vez, y si no logro en correspondencia de mi amor un afecto nuevo, íntegro, exclusivo, haré lo que usted, me quedará soltera.

—Ya veremos, replicó la tia sonriendo-se aunque con alguna tristeza. Tú sabes muy poco de lo que es el mundo. Yo por mí no me asombraré de que con todo y tu *romanticismo* comiences á conocer lo que es el mundo casándote con un viudo cargado de media docena de hijos y sin la mitad de las cualidades de un Jorge Sidney.

—¡Tia! . . . prorumpió indignada la jóven.

Pero ella tenia mucho cariño á su tia; y viendo la jocosa sonrisa de esta, la ira que habia encendido sus mejillas se aplacó. Apartóse luego sus hermosos rizos de su preciosa frente y dió punto á la conversacion diciendo:

—Muy mala es usted, tia. Me iré á platicar con Fido, que de veras voy creyendo que tiene mas delicadeza que usted.

Y en breve ya estuvo jugando y retoyando en el jardin con su favorito faldero.

Isabel Mason era la hija mayor de unos padres ricos é indulgentes. Amable y agraciada, aunque no muy bella, tenia muchas amistades y estaba ignorante aun de lo que es el verdadero mundo. Mimada de sus padres, que se espejaban en ella, y de su tia, que se habia hecho cargo de dirigir su educacion, adorada de sus hermanos menores, habia pasado sin sentir diez y ocho años de vida, libre de los trabajos que trae consigo esta, sin un deseo que no le fuese cumplido, ni un antojo que encontrase oposicion. Habíanselo presentado pretendientes, pero conservará libre su corazon.

Jorge Sidney, cuya oferta y desaire dió márgen á la conversacion con que da principio nuestra historia, era la única persona cuyos obsequios habia recibido favorablemente, y esto fué porque no estaba impuesta de sus "verdaderos" sentimientos respecto de ella. Estimábase como un amigo, casi como un hermano; pero eso de verle como amante, de admitirle por marido, ni por un pienso! . . . ¡No! por ningún camino consentiria ella nunca en ser "segunda" mujer de ningún hombre; y con esta firme resolucion, volvió á poner su amor en sus pajarillos y sus flores, y dióse á pensar en un porvenir tan brillante y puro como lo pasado y lo presente.

Pero la tormenta comenzó á levantarse encima de su cabeza, aunque no la percibia ella, y antes que hubiera pasado su décimoono abril, ya el sol de su prosperidad se habia opacado.

Uno de esos sacudimientos repentinos que de vez en cuando sacuden al mundo comercial, destruyó el caudal de su padre en un dia. Todo se le acabó: su preciosa casa pasó á manos extrañas, y no les quedaron mas medios de subsistencia que su trabajo personal.

Terrible golpe fué este. Al pronto hubo de abrumar á la infeliz familia, y á no haber sido por la tia Enriqueta, hermana de mistress Mason, que habiendo participado de su prosperidad, no la abandonó en su desgracia, habria quedado sumergida en la mas irremediable pobreza. Las animosas y consoladoras palabras de Enriqueta sacaron á los padres y luego á Isabel de su estupor; con poco trabajo se consiguió para Mr. Mason una colocacion que siguiera les proporcionaba lo suficiente para ir viviendo, mientras su hija con el auxilio de las amistades de la familia buscó y halló un acomodo de aya en la casa de un individuo respetable, vecino de una ciudad inmediata.

Amargo trago era para la jóven el separarse de las personas que tan entrañablemente amaba, é irse á vivir con gentes extrañas; pero cediendo al imperio de la necesidad, animada por tia Enriqueta y sostenida por la esperanza de ayudar á sus padres, despidióse alegremente. Las primeras noches que pasó ausente de su familia lloró amarga y copiosamente: sin embargo, poco á poco se fué acostumbrando, viniendo á la vuelta de algunos meses á tomar un cariño sumo á los niños que á su cuidado tenia, y á los padres que se los habian confiado.

Mr. y mistress Grant, en cuya familia habia entrado, eran todavía jóvenes y breve se enseñaron á tratar á Isabel mas bien como á hermana que como á extraña; tanto que mas de una vez sucedió que ella se olvidara por un momento de que no estaba en su casa. A los niños vejalos con la ternura de una hermana mayor, casi con la misma que manifestaba con las suyas propias; en su corazon nunca hasta entonces satisfecho, habia dado un lugar á mistress Grant, porque en ella encontraba la amabilidad y peso de su madre, ó de tia Enriqueta, y lo poco que se llevaban de edad hacia que se trataran con confianza y como hermanas: respecto de Mr. Grant, á este pronto tuvo que mirarle como á una criatura casi mas que humana. Era él en efecto un carácter singular: á la pureza de costumbres y serena dignidad de sus maneras unia una amabilidad y finura que cautivaban el corazon de cuantos le trataban.

Completa como parecia ser la felicidad de aquella familia, estaba escrito que no seria de mucha duracion. La salud de mistress Grant, que siempre habia sido delicada, comenzó á decaer, y sin embargo de que no se excusó nada de cuanto podia sugerir para su conservacion el afecto

mas decidido, murió después de varias semanas de padecimiento.

Pocas horas antes de expirar, volviendo de un pesado sueño ó mas bien de un letargo, pidió que le llevasen á sus hijos. En breve se vieron reunidos al rededor de su lecho; el menor niño de seis meses, iba acurrucado en el seno de Isabel, mientras el que se le seguia, precioso muchacho de tres años, imágen é ídolo de su padre, se colgaba de ella, asistado con lo oscuro del aposento y el trabajoso aliento de su moribunda madre. Los otros, bastante grandes ya para comprender lo que pasaba, buscaban sollozando en su padre el consuelo que este necesitaba para sí. Llévólos él al lecho de su mamá, la cual, tomando sus manecitas entre las suyas, hechas ya con el soplo de la muerte, profirió unas cuantas palabras de consejo y cariño. Luego, llamando á su lado á Isabel, dijo con un acento casi inóhile:

—Prométeme no separarte de ellos cuando yo haya partido.

No contestó al pronto Isabel: embargáronle las lágrimas la voz y antes que pudiese chistar una palabra la moribunda madre, tomando por una negativa su silencio, murmuró otra vez:

—Isabel, amiga mia, hermana mia, ¡no te negarás á mi postrera súplica! ¿No es verdad que no has de dejar á mis hijos al cuidado de un extraño?

Su marido que se habia inclinado para recoger sus palabras, dirigió á Isabel una mirada tan deprecatoria, que habria bastado para decidirla si hubiera llegado á vacilar. Su silencio no habia sido efecto de indecision, sino de un enternecimiento supremo: haciendo para contener sus sollozos un esfuerzo que casi la sofocó,

—¡Nunca me separaré de ellos! . . . dijo, ¡nunca!

É inclinando la cabeza hácia el niño

que en sus brazos tenía, de nuevo rompió en copioso llanto.

—Quedo satisfecha, tartamudeó la moribunda, manifestando en su semblante una sincera fe. Dios cuidará de ellos y tú no los abandonarás. Acércamelos, Enrique, para que los beses por la postrera vez.

El padre acercó á los mayores á que recibiesen el ósculo de despedida; pero el pequeñito descansaba en los brazos de Isabel y al inclinarse ella para llegarle á su mamá, esta, levantándose con inesperada energía, estrechó entre sus brazos al niño y á la que le tenía cargado.

—¿Con que nunca te apartarás de él, Isabel? ¿con que nunca le abandonarás?

—¡Nunca, como espero verme con usted en el mundo de los justos! contestó la jóven inundada en llanto.

—Dios te bendiga, amor mio, y te dé fuerzas para cumplir tu promesa.

Y soltándola, aplicó sus frios labios á la frente de la criatura y dejóse caer en los brazos de su marido.

Isabel corrió á dejar á los niños en su aposento y volvió á asistir á su moribunda amiga.

A poco entregó esta el alma á Dios, pero no sin haber de nuevo recabado repetidas veces la promesa ya hecha, de no apartarse de sus niños mientras necesitasen de sus cuidados.

Y el voto pronunciado en la hora postrera y renovado todo el tiempo que tuvo á su vista, sola ella, el cuerpo inanimado de la mujer que para ella había sido una tierna hermana; el voto solemne, decimos, fué con la mayor fidelidad cumplido.

Uno año llevaba de muerta mistress Grant.

Isabel, á quien todos menos los niños, llamaban mistress Grant, era el ángel consolador de aquella triste familia. Nunca en todo este tiempo se había ausentado de

ellos por un día, apenas por una hora. El trabajo constante del padre de ella había logrado reparar sus negocios y mas de una vez la había estrechado á que tornara á su casa, la cual si bien es verdad que no estaba bajo el pié de lujo que en épocas de suma abundancia, era sin embargo muy otra cosa de lo que había últimamente sido; pero no obstante que su cariño por sus amistades y su familia no se había disminuido ni entibiado, no podía abandonar lo que ella consideraba como su deber ni tampoco se sentia con ánimo para hacerlo.

Nunca Mr. Grant la había instado á que permaneciera en su casa. Una sola vez había hablado de la súplica de su difunta esposa, y esto fué á poco de su fallecimiento.

—Nada tengo que ofrecer á usted que la tielte á permanecer en casa, le dijo, pues aquí no puede usted encontrar lo que le agradaba cuando ella vivía. Sin embargo, usted sabe muy bien cuánto la necesitan mis hijos; y si usted tiene voluntad de estarle á su lado por amor de ellos y de la que se lo suplicó á usted, yo se lo agradeceré en el alma y Dios se lo recompensará.

A esto ella manifestó que le servía de mucha satisfacción el poder cuidarlos y servirles en algo, con lo cual quedó muy contento él, y ya no se volvió á decir palabra sobre el particular. Ni pudo haber ocasion para que hablaran con frecuencia Isabel y Mr. Grant, porque este dió en evitar al parecer el trato frecuente con su familia, tanto como antes le había solicitado. Dedicó la mayor porcion de su tiempo al estudio y al recogimiento, y no se podia menos de creer que ya no tenian para él atractivo los placeres domésticos después que no existía la que los alegraba.

Miss Mason se había hecho cargo, como cosa que le pertenecía de suyo, de la

direccion de la casa, y no le llamaba la atencion nada que no fuera aquello. Mr. Grant por su parte se recogíjaba de ver á sus hijos contentos y adelantados en su educacion, pues aunque dirigia en cierto modo esta misma educacion, dejaba á Isabel la mayor parte de ella.

Y cómo Isabel, la alegre y bulliciosa Isabel de otros tiempos, que por mas de diez y ocho años había pasado la vida jugando, casi sin conocer que había espínas en ella, cómo había hecho para amoldarse á otra de constantes cuidados y constante pensar? Tenia ella la serenidad de una conciencia sin mancha, el cariño de las criaturas para quienes vivía, y la esperanza de llegar un día á presentarlas en otro mundo, en el mundo de la verdad, á la madre que se las había confiado. Y al contemplar los medros de su inteligencia de ellos casi con el orgullo de una madre, ó al sentir sus pequeños brazos enlazados al rededor de su cuello, y sus ardientes labios aplicarse á sus mejillas, contemplábase enteramente pagada de todas las horas de inquietud, de todos los cuidados que le acarrea su responsabilidad. Además, como la carga le había venido gradualmente, la sentia menos pesada. Al principio no era mas que la instructora de los chiquitos; luego, á medida que se fué agravando mistress Grant fué tomando sobre sí nuevos cargos para desahogar á la enferma, hasta que de mucho antes de la muerte de esta llegó á verse encomendada de la direccion y manejo de toda la casa, con lo cual se encontró hecha la ama de nombre y de hecho.

Este estado era demasiado feliz y pacífico para que no fuera turbado. Comenzaron á llegar en breve á los oídos de Isabel los rumores que hacia tiempo corrian en la vecindad. Ella había siempre mirado á Mr. Grant como á persona de respeto, y ni el trato diario había podido

hacerla mirarle con confianza. No hay palabras con que expresar su dolor é indignacion al saber de boca de una persona á quien tenia por amiga, que el hombre tan respetado de ella, así como ella misma, andaban en malas lenguas, y que el retiro de él se atribuía á causas muy diversas de la pena por la mujer que tan tiernamente había amado y tan profundamente sentia.

—Un ángel del cielo no escaparía de la maledicencia de los que se atreven á decir mal de Mr. Grant! exclamó ella no pudiendo reprimir su indignacion. Si hay en el mundo quien pueda desafiár el mas rígido exámen, es sin remedio él.

—Muy bien creo que así sea, miss Mason, dijo la persona que le contaba el cuento sonriéndose con malicia; pero las gentes...

—¡Las gentes! interrumpió impaciente ella; ¿y quién puede conocer á Mr. Grant como yo le conozco?

—Nadie, es verdad, pero yo iba solamente á decir que no habrá quien crea que usted le estima desinteresadamente.

Vínose á los labios de la picada jóven una respuesta, pero reflexionando que el prolongar la conversacion seria peor que inútil, contiúose y pasó á hablar de otra cosa: la visita, satisfecha ya de haber logrado su objeto y de haber conseguido asunto nuevo de que charlar, se ausentó en breve, dejando á Isabel sumergida en tristes pensamientos y agitada cual nunca se había sentido.

Sin embargo, mas sentia ella que pensaba, pues todavía no era capaz de pensar con bastante intension; pero la impresion que en su alma había hecho lo que había oido, era demasiado profunda para ser contrarestada; de suerte que reclinando la cabeza sobre el sofá en que estaba sentada, soltóse á llorar copiosa y amargamente.

Sacóla de su dolorosa distraccion la voz de Mr. Grant, quien con acento de sorpresa y ternura se llegó á ella diciendo:

—Miss Mason de mi vida, ¿qué le pasa á usted? ¿Qué desgracia aflige á usted? Levantó ella la cabeza, y estaba tan conturbada que no pudo ocultar lo que en su pecho pasaba.

—Mr. Grant, dijo con profunda afliccion, es preciso que yo me vaya de esa de usted.

—¡irse usted! ¿Ha tenido usted algunas malas noticias de su casa? ¡Mucho lo siento! ¿Está á alguien de su familia enfermo? ¿ó qué es lo que exige que usted se vaya?

—No, señor; no es porque me necesiten particularmente en mi casa; sino porque no puedo estar mas en la de usted. No me pregunte usted la causa, prosiguió llorando; pero es preciso que me separe yo de usted.

—¿Cómo separarse! Yo debo saber por qué. Yo debo saber qué es lo que ha dado margen á esa determinacion tan repentina.

Diciendo así sentóse Mr. Grant junto á la jóven y despues de muchas instancias logró arrancarle el secreto del cuento que habia causado su dolor y la resolucio que habia tomado.

La noticia sorprendió sobremanera á Mr. Grant y le afligió; pues jamás habia llegado á imaginarse que se pudiera ochar á mala parte la retirada vida que su dolor le habia hecho adoptar. Estóvose un rato sin proferir una palabra, entregado al mas profundo abatimiento, pensando solamente en lo que acababa de oír, y sin parar la consideracion en el efecto que produciria en su familia la separacion de Isabel. Esta, por último, enjugando sus lágrimas, dijo con mas serenidad:

—Lo mejor que hay que hacer es que yo me vaya á mi casa cuanto antes, Mr.

Grant. Si usted puede hallar una persona que ocupe mi lugar. . .

—¡Ocupar el lugar de usted, miss Mason! saltó él volviendo de su evagacion. No puedo creer que usted hable con formalidad. No puedo creer que por una habilla de gente ociosa usted se determine á quitar á mis hijos su abrigo y dejarlos otra vez sin madre en el mundo.

—No me comprometa usted á estar me, replicó Isabel tristemente; no está bien que me quede. Solamente Dios sabe lo que ha de costarme el separarme de la casa, pero es preciso que así sea.

—Y ¿por qué? exclamó él. Con toda mi alma haria yo cualquier sacrificio por ahorrar á usted la pesadumbre que tiene; pero no se imagine usted acallar las lenguas con irse. Créame usted; lo mejor en el caso es despreciar la murmuracion y antes de mucho se acabará por sí misma. Si usted nos abandona, castigará á los inocentes por los culpados. Y ¿qué será de mis niños sin usted? Usted les ha servido de madre desde que perdieron la que les dió el ser, y nadie es capaz de desempeñarla como usted.

—Pues los llevaré conmigo, dijo volviendo á prorumpir en llanto. Déjeme usted llevarme si quiera á Ana y á Enrique. Los mas grandecitos no extrañarán mis cuidados tanto. . . Deme usted á Ana y Enrique.

—¿Tendria usted valor para quitarme á mis hijos? dijo él como aféandole su propuesta. ¿Quiere usted quitarme lo único que me liga á la vida? No, no; mis hijos nunca nunca se separarán de mí sino con la muerte; y si usted los abandona. . . pero no puedo pensar que usted lo haga, prosiguió precipitadamente. ¿Se ha olvidado usted de la postrera súplica de mi mujer y de la solemne promesa que usted le hizo? Perdóneme usted, agregó con el mayor enternecimiento; nunca pensé en

recordar á usted esto, pero estoy hablando por mis hijos y su bien es para mí lo primero. ¿No dijo usted á mi Ana que nunca jamás se separaría de ellos? Y ¡la maldad del mundo puede acaso dispensar á usted de su promesa?

—Todo eso lo he pensado, replicó ella, y si no se hablara sino de mí, todo lo sufriría yo, por mas que me atormentara la maledicencia, antes que faltar á mi empeño; pero tambien á usted denigran, y no puedo consentir en ser el pretexto de que se valgan los malvados para manchar la reputacion de usted. No me interrumpa usted, prosiguió con mas y mas energia; sé que usted dirá que aun esa consideracion no me dispensa de mi promesa; pero yo hago lo mismo que en mi lugar haria aquella á quien empué mi palabra. Su primer pensamiento fué siempre usted; su primer anhelo fué siempre evitar á usted todo disgusto; su mayor orgullo, el conservar su nombre de usted puro y sin mancha. ¿Considera usted que ella querria conservarme al lado de sus hijos á costa del sosiego y de la reputacion de usted? ¡No! Yo estoy persuadida de que ella aprueba el partido que voy á tomar y sabe lo caro que me cuesta. Si usted no quiere que conmigo lleve yo á los niños, y al decir esto Isabel tartaleó de nuevo y se inmutó, si me veo precisada á faltar á la letra de mi obligacion, seré fiel á su espíritu, y Dios no me castigará, porque hago lo que me creo en el deber de hacer en obsequio de ellos, de usted y de la difunta.

Dicho esto, Isabel enterró su cabeza entre sus manos y procuró en balde ocultar las lágrimas que inundando sus ojos se escapaban por entre sus delicados dedos.

—Ya ha tomado usted una resolucio, díjole Mr. Grant con dulzura despues de haberla escuchado sin despegar los labios. Es inútil hablar mas sobre eso. Y ¿cuánto de se va usted?

—Cuanto antes, contestó ella sin alzar la cabeza ni apartar de su rostro las manos.

Mr. Grant se ausentó sin chistar. Isabel viéndose sola, dió rienda suelta al dolor que habia estado reprimiendo. Rompió en amargos sollozos, y no echó de ver que podian oír la sino cuando se sintió abrazada por los niños y oyó sus palabras de infantil sorpresa y amor.

Enrique, su predilecto, habia brimeado al sofá y echando su brazo al cuello de ella, apartó con la otra mano los rizos que sobre su cara caian, mientras que Alberto y Emilia, que eran los mayores, cogieron cada uno una mano entre ambas suyas, exclamando:

—¡No te vayas, tía Isabel!

Y Anita, que tenia ya casi dos años, se agitaba llorando en los brazos de su padre, al procurar este llegarse á Isabel.

—¿Por qué hace usted esto? dijo Isabel como reconviéndole al estarse ella desprendiéndose de los brazos de los niños. Es una crueldad el aumentar mi dolor. ¿Por qué me los ha traído usted?

—Para que se despidan, si es que usted se va de su lado.

—¡No, no! exclamó Enrique, estrechándola con sus brazos, tía Isabel no ha de irse.

Y Emilia, criatura amante y sensible, se arrojó en su regazo y prorumpió en ruidoso llanto.

—¡Ya no puedo mas! exclamó Isabel. Y extendiendo sus brazos recibió á Anita de las manos de su padre y ocultó su rostro entre los dorados rizos de la tierna criatura.

—Estese usted con nosotros, miss Mason, dijo Mr. Grant con acento enternecido; mis hijos no pueden vivir sin usted. Por amor de ellos, por amor de la que los confió á usted, estese usted con nosotros.

—¡Me quedare! contestó de repente con



resolucion. Me ha vencido usted, Mr. Grant. No me separaré de ustedes, preciosas criaturas. Enjuga tus lágrimas, Emilia, que tía Isabel ya no se va.

Inclinóse la jóven para abrazar á la niña que aun estaba gimiendo en su regazo.

Mr. Grant puso tiernamente su mano sobre la cabeza de aquella y hablándole por la vez primera en tono familiar díjole con calor.

—Dios bendiga á usted, Isabel! ¡Dios la bendiga para siempre!

Y ausentóse apresuradamente del aposento para que no repararan el enternecimiento que ya no era dueño de reprimir.

Ya sola con los niños, Isabel los serené, repitiéndoles que no habia de separarse de ellos, y cambió así su llanto en alegres risadas. Luego que los hubo dejado en su aposento, entregados á los inocentes juegos que por su padre habian interrumpido, retiróse á buscar en la soledad la fuerza de que tanto habia menester para lo presente y lo venidero.

Pasaron semanas y meses.

Los rumores denigrativos que tanto habian conestrado á Isabel se acallaron, como lo habia pronosticado Mr. Grant; pero no habian cesado sus efectos en el ánimo de ella. Otros pudieran olvidarlos, pero no así la jóven, que al pensar que pudieran levantarse de nuevo se sentia tan afligida, que lo hubiera evitado á toda costa á no contenerla la formal palabra que habia empeñado. Cierta es que todo parecia haber cesado completamente: sin embargo, el sentimiento de seguridad que en tanta parte habia contribuido á hacerla feliz, habia huido de ella, y aunque á la vista parecia estar tan tranquila como antes, habia no obstante en su alma un desasosiego, un temor vago que sin cesar la molestaba y que no le era dable aquietar.

¡Ay, pobre jóven! La congoja causa-

da por la maledicencia y por el pensamiento de la separacion le habia descubierto en las profundidades de su alma un sentimiento que nunca habia sospechado abrigar y que la habia forzado á reconocer y confesarse á sí propia, en medio del mas amargo llanto y del mayor sobresalto, que amaba á Mr. Grant cual no habia amado nunca á nadie... como "no es dable" á la mujer amar sino "una vez."

Nunca pensó en ser correspondida; creia que no volveria él á amar, y solo cavilaba en la manera de extinguir ó disimular su profundo afecto. Sí, la Isabel que en un tiempo tuvo por imposible que un segundo amor, caso que existiera, pudiese alcanzar correspondencia, la que tuvo por imposible el dar "su" corazón en cambio de otro en que hubiese estado grabada otra imágen, esta misma Isabel habia venido á enamorarse ciegamente de un viudo, del viudo esposo de su mas querida amiga.

—¡Dios mio! exclamaba con frecuencia, cruzada de manos y con apasionados ojos cuando se arrojaba ante el Altísimo, ¡no es profano este mi amor! ¡y sin embargo siento que es para mí lo mas grato que hay en el mundo! ¡Oh! ¡dadme fuerzas para vencer este sentimiento! ¡ayúdame á disimularle!

Pasáronse así algunos meses.

Una noche, al retirarse ella con los niños á la hora de costumbre, le dijo Mr. Grant:

—¿No vuelve usted á la sala cuando tenga un rato perdido? Deseo hablar con usted cuatro palabras.

Admirada de esta demanda, solamente otorgó de cabeza, y después de haber dejado á los niños durmiendo, volvió temblando á la sala en donde la aguardaba Mr. Grant. Está, luego que la vió poner el pié allí, se dirigió hácia ella y la condujo al sofá.

—Miss Mason, díjole... Isabelita, ¿he ofendido á usted?

—¿Usted, Mr. Grant? ¡Oh, no, señor! ¿De dónde puede usted imaginarse haberme ofendido?

—He creído que usted me trataba, de algun tiempo á esta parte, con menos franqueza y cordialidad. No me ha hablado usted tan frecuente ni tan libremente como antes y temia yo haberla afligido ó lastimado sin saber cómo. Si así ha sido, perdóneme usted.

—Nunca, en ninguna ocasion ni de ninguna suerte. Si he dado á usted motivo para pensar así, yo soy quien debe pedir perdón. He sido quizá insipida, porque no me siento enteramente buena, y por la primera vez de mi vida estoy algo nerviosa; pero nunca jamás he tenido motivo de quejarme de la casa de usted y puedo asegurar á usted con toda ingenuidad que nunca me he imaginado tenerle.

—Bien, dijo él distraido, mucho lo celebro.

Siguióse un silencio de unos momentos, el cual pareció eterno á Isabel, mas no tuvo animo para interrumpirle.

Por último, levantóse Mr. Grant y púsose á pasear por el aposento: ella, entonces, cobrando valor, se levantó de su asiento, diciendo:

—Si ya no tiene usted nada que decirme, me retiraré.

—No, Isabelita, vuelva usted á sentarse. Tengo mucho mas que decir á usted... mucho que no sé cómo decirlo... Vamos al caso, agregó tomándola de la mano. Usted ha hecho mucho tiempo las veces de madre para con mis hijos. Isabelita, ¿quiere usted ser mi esposa?

Calló él, pero Isabel no pudo contestar. Palpitábele el corazón como si quisiera salirle del pecho; pegada la lengua al paladar y embargada la voz, arrojóse sobre el sofá y cubrióse con ambas manos el rostro.

Mr. Grant se sentó á su lado y blandamente trató de calmar el trastorno de la jóven.

—Muy poco hace, Isabelita, dijo, que he contemplado posible el amar á otra fuera de mi Ana. Allá cuando usted me habló de irse, me indignó sobre manera la idea de que otra tomase su lugar. Hoy ofrezco á usted el primer lugar en el corazón de un viudo, en un corazón que nunca perderá la memoria del amor primero. Sin embargo, Isabelita, amo á usted con pasion, mas que á nadie en el mundo, y si usted consiente en recibirme por esposo, pondré cuanto esté de mi parte para hacer á usted feliz.

Isabel no despegó sus labios.

—Recelo haber molesto á usted, dijo con sumo enternecimiento; deberia yo tener presente que usted es aun demasiado jóven para dar el amor primero y mas exquisito de su corazón á quien tiene tan poco con que pagarle. Perdóneme usted, Isabelita; ya que no puede usted amarme, perdóneme siquiera mi locura. Dejaré á usted sola ahora.

—No se vaya usted, inusitó ella.

Pero lo dijo tan quedo, que él, en medio de su agitación, no lo oyó, y se apartó de ella.

Isabel alzó la cabeza y viéndole á punto de irse, exclamó en voz mas perceptible:

—¡No se vaya usted, por amor de Dios! Y al volver él, fuera de sí, prosiguió rápidamente ella:

—Si he tinbeado, no ha sido porque haya dudado de mis sentimientos, sino sí de los de usted. ¿Es cierto que me ama usted?

—¿Puede usted dudarlo? ¿Para qué habia yo de manifestar el amor que no siento? ¿Cree usted, Isabelita, que yo habia de engañarla?

—¡No, no! ¡Ej usted cierta de que no! Y

sin embargo, do puedo dar crédito... me parece un sueño el que usted me ama.

Llevó su mano á los ojos, apartóse la luego y poniéndola sobre la de Mr. Grant con algo de la pueril confianza de otros tiempos, dijo en voz baja y trémula:

—Mr. Grant, el lugar mas corto y de menos importancia en el corazon de usted es de mas precio para mí que el amor único y exclusivo de otro hombre quienquiera que sea.

—¡Isabelita! ¡Isabelita de mi vida! exclamó el arrobado con esta ingenia declaración y arrebatándola en sus brazos, ¡te amo sobre todo lo que se puede amar en el mundo!

Excusado era mas hablar; pues en aquella hora de júbilo comunicáronse mudamente las almas, y cada cual sintió cuán sinceramente era correspondido.

—Isabelita, decia tia Enriqueta con afa- ble sonrisa cuando pasados los primeros plácemes y calmado el bullicio que acompañó á la llegada de los novios, ella y su sobrina se pusieron á platicar en lo privado, Jorge Sidney ha vuelto á casarse la semana pasada.

—Me alegre de saberlo, contestó mistress Grant sonriéndose y sonroseándose al encontrar la mirada significativa de su tia, que parecia recordarle sus propias palabras sobre los matrimonios de segundas nupcias. Deseo que sea feliz.

—¡Feliz? ¡No lo sientes por su mujer? Pues ¡no es siempre un segundo casamiento un asunto de conveniencia ó de cálculo? ¡No es verdad que no puede uno menos de prescindir de toda delicadeza y de toda idea de romanticismo para poder pensar en semejante cosa? Pues ¡no es que un corazon requiere...

—Tia Enriqueta! tia Enriqueta! por Dios que no me recuerde usted todas mis muchachadas para reñegármelas; yo era muy majadera de doncella.

—Y ahora has adquirido cordura bajo la direccion de Mr. Grant!... Dime, Isabelita, ¿no he sido una profetisa?

—Sí, hasta cierto punto. He dado todo mi corazon por un segundo amor, y estoy mas que satisfecha; pero... muy poco hay como Mr. Grant, y... y... por Dios que no "le" diga usted lo tonta que yo era.

Traducido del inglés por E. R.

### CHARADA.

POR LA SEÑORITA DOÑA GUADÁLUPE CALDERON.

Tres sílabas son mi nombre  
Y mi primera y segunda  
Es una planta fecunda,  
Que presta alimento al hombre.  
Con las mismas, en verdad,  
Se nombra un gran personaje,  
A quien rinden vasallaje,

Y que ama hoy la libertad.  
Son mi segunda y tercera,  
Sin mundo y sin trato, un hombre;  
Hago un personal pronombre  
Con mi sílaba postrera:  
Y mi todo un árbol es  
De forma esbelta y hermosa.

Zacatecas, enero 20 de 1852.

## CUARTA EXHIBICION PÚBLICA

DE OBRAS DE BELLAS ARTES EN LA ACADEMIA NACIONAL

DE SAN CARLOS.

I

Yo, el infrascrito, el día no sé cuantos de diciembre del año 1851 de la Redencion, amigo de ver, oír, gustar y tocar todo lo que merece, según el leal saber y entender mio y del público, ser visto, oído, gustado y tocado, así en esta capital llamada Méjico, como en cualquiera parte de lo que se llama el mundo adonde mi buena ó mala estrella me conduce; yo, pues, el día sobredicho, hacía la hora del mediodía, dirigí mis pasos, acompañado de un mi compadre, á la calle de la Aca-

NACIONAL DE SAN CARLOS, entréme en ella con el derecho que me daba una cierta boleta manuscrita ó impresa, á falta del otro derecho, para mí á la sazón "cuduco," que se otorga á todo hijo de vecino estante y habitante en Méjico, para ir á la *exposicion* consabida sin billete ni cosa que lo valga, desde cierto hasta cierto término.

Como iba diciendo, entréme en la casa Academia, y después de haberme hecho, mediante una peseta, de un cuadernito impreso, aunque muy mal, intitulado CATÁLOGO DE LOS OBJETOS DE BELLAS ARTES PRESENTADOS EN LA CUARTA EXPOSICION (que *exposicion* ha de ser) ANUAL (cuarta *exposicion* de cada año!... objetos presentados en la *exposicion!*...) DE LA ACADEMIA NACIONAL DE SAN CARLOS DE MÉJICO, (como que ha de ser *México* ó *Méjico!*) dirigíme con mi ya dicho compadre á la "clase de escultura."

Muchas cosas vi yo en la susodicha clase, y confeso claramente que todo me iba admirando, de tal suerte, que no cesaba de proferir exclamaciones.

Mi compadre, cansado sin duda de mis multiplicados "¡ah! ¡ay! ¡oh! etc.," interrumpiendo el silencio que hasta entonces habia guardado, me habló y dijo:

—Ese grupo de la Trinidad que ahí ves, obra original de don Juan Bellido, es de un mérito mediocre, así por su compo-



demia, y luego que llegué á una casa grande conocida con el nombre de ACADEMIA  
Tom. III.

sición como por su ejecución. El Cristo que tiene está con amasamiento y dureza de líneas, haciendo ángulos rectos los brazos, ángulos agudos las piernas, las cuales, ya lo ves, van las dos iguales y sin contraposición alguna. . . . ¡Dios santo! ¡Mira, compadre, mira qué planta esa de la Virgen! ¡Es una indecencia la vista que presenta! ¡eso es intolerable! ¡Bien cabe ahí el torso del Cristo! . . .

Y así hablando, mi compadre volvió con disgusto la cara hácia otra parte.

Sorprendido yo con lo que acababa de oír, cuando me esperaba un diluvio de elogios, quedéme mirando á mi compadre, por ver si estaba loco; pero no descubriendo en su semblante ningún asomo de trastorno mental, mené la cabeza y seguí andando.

—¿Qué dices de este grupo de la Piedad? ¡Qué pobleza, qué grandiosidad, qué cosa tan recomendable!

—¡Compadre, lo mismo que dije del otro digo de este! ¡Quieres que te repita. . . ¡No!

Y agaché la cabeza, contemplando si aquel hombre tendría el espíritu maligno en el cuerpo.

—Como composición, prosiguió, no hay ejemplar de que ningún maestro haya caído en semejante yerro, pues en la célebre Piedad de Miguel Angel está colocado el Cristo sobre las piernas ó muslos de la Virgen, los cuales están juntos, como debe ser, y cubiertos con el manto. . . . ¡Cómo se le fué por alto al director de la Academia, al corregir á sus discípulos, el enmendarles estas composiciones, y cómo no les recomendó el célebre grupo de Miguel Angel! . . . ¡No podría uno creer que da por buenas esas. . . puesto que las ha dejado pasar? Y si es cierto que ó no ha advertido defectos tan reparables ó no los ha considerado como defectos, yo se podría decir que. . .

—“Sobre las obras que se expresan,” interrumpí yo leyendo en alta voz en el consabido cuadernito, “se hizo mención en el catálogo de la última *exposición*; pero como no llegaron á tiempo, se *exponen* en este año.”

—¿A qué se exponen esas *exposiciones*? salió mi compadre.

—¿A qué? ¡Friolera! ¡A que majaderos como tú las muerdan y trinchen!

—¡Ah!

Mi compadre y yo seguimos, sin chistar uno ni otro, al estudio del señor director de escultura don Manuel Vilar.

—“La profunda y grata impresión que se siente al entrar en esta sala,” decía yo con cara y voz muy *románticas*, “revela al momento el *genio* de su autor. . .”

—Pues ¿qué genio tiene el autor de la sala? interrumpió mi compadre. ¡Le conoces? ¡Es amable! ¡qué ves en la sala esta que revele su genio?

—Bien sabes lo que quiero decir. . . ¡Oh, “cuán interesante se presenta este grupo! contempla á ese niño con la pretensión de dominar al animal amigo del hombre, un perro de raza inglesa, sobre el que está montado; ¡cuán natural y simpática no es la flexible posición de este niño! ¡qué morbidez y carnosidad en el *torso*! ¡qué expresiva su cabeza! . . .” ¡Contempla y admira, compadre, si es que no estás muerto!

—En efecto es muy gracioso ese grupo, y está bien ejecutado en el mármol. . . A ver qué dice el cuaderno. . . ¡Ah! el “niño representa montar á *caballo* sobre el perro; al efecto le tira del collar y le castiga para que se levante: símbolo del atrevimiento del hombre. . .” ¡Bien! . . . Pero es de advertir que esta obra se ha hecho en Roma, bajo la dirección de un maestro, causa por la cual, comparándose las obras ejecutadas aquí en Méjico por la misma persona, se nota que no corresponden.

—“Estatua (de yeso) de Tlahuicole,”

dije leyendo, “general tascalteca. Después de haber sido hecho prisionero, rehuyó la libertad que le concedía Moctezuma, por serle preferible la muerte á la ignominia de regresar á su patria por favor del enemigo; y para conseguir su deseo *pidió* y obtuvo del emperador, combatir en el sacrificio gladiatorio. El héroe tascalteca está en acto de combatir en este sacrificio y se halla atado *por* la pierna derecha á la piedra del sacrificio; el brazo izquierdo está en ademán de sostener el escudo para defenderse de sus adversarios y con la mano derecha empuña la formidable macana, con la que mató é hirió á muchos de sus competidores. Tamaño semi-colosal.” ¡Qué impresión tan profunda é imponente excita esta estatua! exclamé contemplándola arrebatado.

“Cuán enérgico, fuerte y á la vez elegante es el movimiento de este atleta! ¡qué bien entendida la musculación, descubriendo los profundos conocimientos anatómicos que *posee* su autor! La cabeza caracteriza el *tipo* indio y con suma energía expresa el alma grande de este general. Por todos lados se presenta la figura bien compuesta, de líneas *contrastadas* y grandiosas!” ¡Qué te parece?

—Me parece, no te agravies, que la actitud es forzada y no dice lo que se quiere que represente; no se entiende si se defiende de un golpe ó si le descarga él, pues tiene los dos brazos formando un ángulo igual. La acción de las piernas no acusa una actitud violenta, la que corresponde á uno que recibe un golpe ó le da. Las formas de esta estatua, su musculación y su carácter son exagerados.

—¡Dios te tonga de su mano! ¡Si te valdrás de que no entiendo nada de esto para estarme engañando! . . .

—No la echo yo de maestro, pero tampoco se necesita tanto para notar lo que te digo.

—¡Ah! ¡otro grupo, y de mármol, compadre! . . . “Una niña que libra á una tórtola de un perro. Ha sacado la niña de una jaula que está en el suelo, una tórtola que defiende de los asaltos de un perro que quiere arrebatársela: símbolo de la *afectuosidad* de la mujer. . .” ¡Qué trabajo tan precioso! El héroe tascalteca se ve el alma hermosa y tierna, de esta inocente criatura, en la que desde los primeros juegos se trasluce la bondad y *puro amor* de la mujer. . . ¡No es verdad, compadre, que esto no tiene pero?

—Dígame lo mismo, en todo y por todo, que te manifesté cuando vimos el otro grupo. Me gustan muchísimo ambos.

Pasamos rápidamente la clase de dibujo. Yo por mi, maldito el interés le hallé.

Subimos al piso alto. Detávenme poco en los retablos de anatomía, quisé entrar en la pieza de grabado, pero me lo impidió la mucha gente: ¡es un horror cómo estaba allí agolpada!

Ya impacientes, pasamos á la “Gran sala de pinturas remitidas de fuera de la Academia.”

Allí respiré, allí me puse como una pascua, bien que no me lisonjé de ver bien y á mis anchuras, porque sobre estar muchos de los cuadros fuera del alcance de mi vista, había bastante gentío.

—¿Cómo ha de ser! hablé para mí, veremos lo que buenamente se pueda.

Y fué caminando y mirando lo que cómodamente podía distinguir. De aquí el que no me halle capaz para hablar de todo lo que allí había ni de hacer un exacto pormenor de lo que ví.

Después del cuadro de la capilla Quirinal en Roma; del de la celda de una monja en Roma, copia hecha por la señorita doña Angela Icaza; del de la poetisa Safo; del de la napolitana tocando el pandero; del de las tres Gracias; del de santa María Magdalena; del de san Pablo; del

de la ciudad de Nápoles, los cuales me parecieron todos, cual mas cual menos, excelentes, aunque apenas pude verlos, llegué al de la celda de una monja de Roma, obra de doña María del Carmen Baez de Orihuela (difunta), copiada de Pringret. A mi compañero que se me había extrañado entre el gentío, desde que entramos en el salon, le dije viéndole á la sazón cerca de mí:

—“Este cuadrito entiendo yo que está ejecutado con mucha finura y delicado gusto.”

—Sí, respondió; está bastante bien copiado.

Iba yo á seguir hablándole de la Judit, del alma subiéndolo al cielo, del primer amor; pero ya no le encontré.

Llamóme mucho la atención el cuadro original de M. L. Lausac representando un lance de la vida de J. J. Rousseau, el ciudadano de Ginebra, como el mismo se firmaba. “Este, en su juventud, cuando daba lecciones de música en Lausana, acompañaba á dos de sus bellas discípulas, que van á caballo, en un paseo campestre: sensible á los atractivos de la hermosura, y encantado con su amena conversacion, no advierte el agua que hay en el camino, y distraído entra en ella.”

—“Esa composicion,” oí decir á un sujeto que allí cerca estaba, “produce un efecto mágico y de perfecta perspectiva aerea. El pincel es franco, vivo y caprichoso, particularmente en los bien entendidos caballos y en el perro, los cuales dan mucho interes á este lienzo romántico, que llaman fuertemente la atención, particularmente de los inteligentes...”

Por qué lo he de negar. Me quedé con tamaño boca abierta, contemplando la composicion y al conocedor alternativamente, admirando el precioso cuadro y la “perspectiva aerea,” y el interes y el “que llaman” y los tres entes tan seguiditos.

—Como composicion y ejecucion, díjome mi compadre acercándose á mí cuanto lo permitian los demás espectadores, esto es de primer órden. ¡Lástima que no haya *destaque* de tonos! ¡Lástima que ese cielo y las nubes se unan con el colorido de carnes de las figuras!...

—Y es verdad! hablé para mí; pero, exclamé en voz alta, ¡es muy de mi gusto el cuadro este!

—Estas seis miniaturas del señor don Antonio Tomasich, ¿qué te parecen? preguntóme mi compadre.

—¡Qué cosas tan buenas! exclamé viendo los retratos del señor licenciado don José María Jimenez, de la señorita doña Caryetana Ruano, del señor don Manuel Vilar, de la señorita doña Eulalia Ruano, del señor Pelegrín Clavé y de la señorita doña Juliana Ruano. “¡Parece que van á hablar! ¡Qué color tan armonioso, tan jugoso y á la vez brillante!”

—Es verdad, dijo mi compadre, está muy bien hecho esto, principalmente los retratos del señor Clavé y del señor Vilar.

—Mira este cuadro grande, original, del juicio entre la virtud y el vicio. He oído decir que es de admirar “la ejecucion franca, segura y magistral de esta pintura, y mucho mas en el ángel, y en la jóven, en quien se personifica la virtud; que el torso del ángel es modelado con gran inteligencia y exquisito gusto; que el todo del cuadro es armonioso y agradable...”

—¡Bah! Ese cuadro es una idea mal digerida, sin carácter y sin dignidad. Esa jóven, con la expresion que ahí tiene, no representa nada; no está admirada, no está sumisa ni reverente; sus formas son ordinarias; tiene torcidas y mal dibujadas las piernas; es en suma, una figura vulgar... El ángel no es mas que un maneco con alas... una de esas figuras que llaman académicas... Sus contornos son duros y amanerados... El diablo es una figura sin

carácter... El autor de este cuadro es un señor Podesti, pintor de mucha reputacion. Ese cuadro es obra seguramente de alguno de sus discípulos, pues el trabajo muchísimo mejor que eso. Hace mas de seis años que la Academia remitió mil pesos á cada uno de los primeros artistas de Roma á efecto de que pintaran, para la misma Academia, un cuadro ad libitum: este es uno de los remitidos á aquel costo y con aquel destino... El señor Podesti habrá pensado que para Méjico cualquiera cosa es buena, y los señores directores de la Academia habrán quedado contentos de haber invertido el dinero con tanto provecho!...

—Mi compadre, explicándose así, tenía una cara de pocos amigos... Hasta yo me puse taciturno; y así no sé cómo, seguí andando casi sin mirar nada.

—Mira ese cuadro de Minerva coronando las ciencias, salió él.

—Sí, contesté abriendo tamaños ojos, es de un señor don Nicolás Consoni. Representa á “la diosa de la sabiduría sentada en un trono de mármol, toma una corona de laurel que coloca en las sienes de la Jurisprudencia: á la derecha y al pie del trono, están las ciencias que aun no reciben el premio, y á la izquierda las que ya obtuvieron el lauro...”

—¡Ya ves! Ese es un cuadro de un mérito de primer órden, de un estilo Rafaelesco, de un dibujo correcto... ¡Es una obra magnífica!

—Y estas seis vistas originales de don Cárlos Prayer, estudios de árboles, ojos de agua de la hacienda de Atacamolco, la hacienda de Dolores, el acueducto de la hacienda de Chicopcuaque, el exterior del hospital é iglesia de Jesús, la hacienda de San Vicente...

—Son muy bonitas por su detalle. Están ejecutadas con mucho conocimiento. Los

árboles, las piedras y la degradacion de tintas tienen mucha verdad.

—Lindos retratos, compadre, dije yo á mi compadre, esos del señor don Jesús Corral.

—¿El está retratado? le conocere.

—¡No! él ha hecho los retratos, y los retratados son el jóven don Pedro Gorozpe y el señor general don José María Icaza.

—¡Ah! Sí, no están malos; tienen buen efecto y colorido... solo que se advierte en ellos cierta ostentacion como queriendo imitar á los que hace el señor Clavé.

—“En ese liurbide del señor don Primitivo Miranda,” oí decir á una persona que mirándolo estaba, “es noble la accion de la figura, y el fondo es bien combinado y de buen gusto de tono. Es de sentir que este apreciable jóven no haya tenido para la cabeza de este retrato un original...”

—Sí, repuso un compadre suyo, dispusieron que copiara la cabeza de otro retrato que es malísimo: así lo quisieron.

Volví la cara á ver á mi compadre, el cual otorgó de cabeza á mi muda pregunta sobre si decian bien aquellos caballeros. ¡Como todo el mundo se ha vuelto de la noche á la mañana sabio, y que no hay quien no sea inteligente en todo, y que á cada vuelta de esquina tropieza uno con un manajo de peritos en todas ciencias y artes!...

El retrato del niño Abadiano, hecho por el mismo señor Miranda, díjome mi compadre que era muy semejante.

—Este retrato del actual excelentísimo señor presidente de la República, manifiesta que el señor Pringret tiene tanta facilidad para tratar los asuntos pequeños como los grandes.”

Y el sujeto que así hablaba, parado enfrente de un retrato de cuerpo entero del señor general don Mariano Arista, obra